

PRÓLOGO

El 31 de diciembre de 1772 se celebró en el Colegio de Santa Lucía de los jesuitas boloñeses un *Te Deum* de acción de gracias con el esplendor acostumbrado y la asistencia del Senado, pero con la significativa ausencia del cardenal legado. Fiesta magnífica. Hubo quien dijo que mientras más se acercaban los jesuitas a su fin, caminaban a mayor velocidad, pesimismo compartido por Manuel Luengo, quien tenía por cierto e indubitable “que en Roma se proyectan, se maquinan y se preparan grandes males contra la Compañía de Jesús” que, en efecto, estallarían durante 1773, *annus horribilis* para los jesuitas y sus escasos valedores, y de triunfo extraordinario para sus numerosos enemigos.

El Diario del año 1773 es algo más que un testimonio de la extinción dictada por el breve pontificado de agosto. Luengo describe cómo vivieron las víctimas la sucesión de noticias y acontecimientos que anunciaban su próximo final, con el valor añadido de que Luengo residía en Bolonia, la legación pontificia elegida como banco de pruebas de la estrategia que debía preparar a la opinión pública para el acontecimiento más sonado del siglo en la Iglesia católica.

El cardenal Malvezzi, miembro de la aristocracia boloñesa, asumió un protagonismo esencial a la hora de aplicar la estrategia de acoso previa a la extinción. El embajador de España ante la Santa Sede, José Moñino, lo consideraba la persona más adecuada para “encaminar sus providencias a la destrucción”, y así fue sin duda. En la *Storia dell’espulsione della Compagnia di Gesù dalla Spagna*, manuscrito conservado en el ARSI, se dice que las medidas contra los jesuitas aplicadas desde abril de 1773 por Malvezzi en Bolonia eran “l’esperimento di ciò che voleva farsi in Roma”.

Su hostilidad contra la Compañía fue correspondida por los ignacianos, quienes no pararon en barras para desacreditarle con insidias y calumnias, como se puede apreciar en los epítetos que le dedica Luengo, verdadero especialista en el género denigratorio: “hombre ignorante”, “requemadillo y violento”, vendido al “ministerio de Madrid”, y cuyo palacio arzobispal era “un burdel, una casa de escándalo y prostitución”. No se detuvo nuestro autor en

el cardenal, sino que extendió sus injurias a sus colaboradores más próximos, como Lucio Natalli, calificado como “hombre de nada, de bajísima familia, sin estudios”, el consejero Pellizer, “hombre viciosísimo y dado a mujeres, y por esta causa está podrido y lleno de males y miserias”, y el Vicario Monseñor Coralupi, “hombre bastante maligno, muy interesado y nada escrupuloso”, miembro de una familia de las “más bajas y viles del país”.

En abril de 1773, a los jesuitas boloñeses se les prohibió ejercer la docencia y explicar la doctrina cristiana. “No se habla de otra cosa en todas las tertulias, conversaciones, plazas y corrillos de la ciudad”, anotó Luengo el 2 de junio. De acuerdo con su inveterada y obsesiva costumbre, no dejó pasar la ocasión de establecer paralelismos entre lo sucedido en España en 1767 y lo que acontecía en Bolonia. Se acercaba, en su opinión, la prueba definitiva del martirio, de la que esperaba saliese fortalecida su querida Compañía: “debemos esperar siempre que, aunque crezca el fuego de la persecución más y su llama se levante por el aire 49 codos más que hasta ahora, la conservará su diestra omnipotente y la hará salir del horno mismo de la tribulación purificada y refinada, y con nuevo vigor y hermosura”.

Los golpes que sufría la orden ignaciana dieron lugar a la difusión de profecías, cuyo número aumentaría tras la extinción. Luengo fue muy sensible a semejante ola profética, como la mayor parte de los españoles exiliados que daban muestras de gran credulidad, “especialmente por ver en ellas profetizados con toda claridad todos los trabajos y golpes que el Papa va descargando sobre nosotros”, decía Luengo en su anotación correspondiente al 3 de abril. El diarista se sitúa, con todos los honores, en la línea que la historiadora italiana Marina Caffiero ha calificado de “modelo apocalíptico-pesimista, filoromano y legitimista”, y que terminaría al servicio de la contrarrevolución y de la intransigencia católica de la Restauración.

El desánimo subyace en todo el diario del año 1773, pero resulta ya patente en vísperas de la extinción, cuando parece próximo “el golpe fatal y decisivo”. No obstante, cuando sobrevino, el impacto fue traumático para quienes, como Luengo, habitaban un mundo ligado indefectiblemente a la orden ignaciana. “Han robado el sueño a nuestros ojos y quitado el gusto a todos nuestros sentidos”, se lamenta el diarista el 24 de agosto. Sólo cabía la esperanza de un posible regreso a España, insinuada por Luengo durante los primeros días de septiembre, para tenerse que enfrentar una vez desvanecida tal posibilidad a la terrible realidad de una vida fuera de la comunidad que había dado sentido a su modo de estar en el mundo. La descripción de ese giro existencial en las biografías de un gran número de exiliados es una de las grandes aportaciones del Diario; descripción que revela la incomprensión e intransigencia de Luengo hacia quienes intentaron rehacer sus vidas fuera de las normas y

reglas de una comunidad formalmente desaparecida. La “suma libertad en que nos hallamos” fue para el diarista ocasión de caída y pérdida de identidad; nunca adaptación a una realidad nueva, criterio que refleja su adhesión total al llamado “espíritu jesuítico”, con sus altas dosis de maniqueísmo. El futuro sin la Compañía se le presentaba tenebroso y por todas partes creía leer fatales presagios para la humanidad toda y el cristianismo en particular. En diciembre, Luengo presentía que la devoción al Corazón de Jesús “será perseguida, calumniada y extinguida”, que la beatificación de Palafox alcanzaría éxito “a fuerza de mentiras, de empeños, de dineros, de privilegios, de dispensas, de prepotencia y de furor”, y que el triunfo del jansenismo sería absoluto tras la revocación de la bula *Unigenitus* y otras que la condenaban, “como si nunca las hubieran sacado los Papas ni recibido ni aceptado la Iglesia”.

Para Luengo, 1773 sería el año en el que, si bien de forma momentánea, triunfarían los enemigos de la Religión con sus “cuentecillos, fabulillas, vulgaridades, imposturas y mentiras viejas, rancias y podridas”, mediante las que habían forzado el Breve de extinción, “un libelo infame y una sátira desvergonzada” resumen de todas ellas.

El Diario de Manuel Luengo contiene abundante y valiosa información sobre la vida de los jesuitas exiliados en Italia. Es su gran contribución. Pero ofrece también conjeturas disparatadas y reflexiones sectarias, reiterativas y monotemáticas que son de gran utilidad para entender la mentalidad imperante en la mayoría de los jesuitas residentes en las legaciones pontificias, quienes tanto contribuyeron al fomento de un rechazo frontal de la Ilustración y posteriormente de un odio cerval contra la revolución fundado en la intransigencia ante el mundo moderno, y que establecería los cimientos del poderoso pensamiento reaccionario español.

La edición del tomo VII del manuscrito conservado el Loyola, correspondiente a 1773, da continuidad a los ya publicados: tomos I, II y III (1767, 1768 y 1769), tomo XXXII (1798) y tomo XLII (1808). Se hallan en proceso de elaboración los tomos XXX y XXXI (1796 y 1797), correspondientes a la invasión napoleónica de Italia y al período jacobino en Bolonia, y el tomo IIL (1814), donde Luengo da cuenta del restablecimiento de Compañía por Pío VII y del inminente regreso a la patria de los pocos supervivientes a un largo exilio. Con todo ello, y sobre todo por su interés historiográfico, se da cumplimiento a la esperanza del esforzado diarista, cuando dejó escrito que el objeto de sus afanes no era otro de que su titánica obra “sirva de aquí a un siglo, o medio, por lo menos, para formar una historia sincera, pura y verdadera de los sucesos de la presente persecución de la Compañía de Jesús.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

DRAMATIS PERSONAE

En el proceso de extinción de la Compañía de Jesús, que tiene lugar en la segunda mitad del siglo XVIII, nos detuvimos en 1769 en el momento del conclave que eligió a Clemente XIV, el Papa que iba a borrar del mapa de la Iglesia Católica a los jesuitas¹. Damos un salto de cuatro años y en 1773 asistimos a la extinción del instituto religioso fundado por San Ignacio. Nos encontramos entonces con nuevos personajes, con los que no contábamos, el principal de todos, José Moñino y Redondo, nombrado embajador de España en la “Corte de Roma”, sin duda el más eficaz luchador en la batalla por la supresión de la Compañía, respaldado por la total confianza que le otorgó un monarca, empeñado más que nunca en dar el golpe de gracia a los jesuitas y en obtener del Papa el decreto de beatificación de uno de los más grandes enemigos de la Compañía desde su fundación, el obispo Juan de Palafox y Mendoza².

A Moñino respaldaba en España su jefe, el secretario de Estado marqués de Grimaldi, por cierto, antiguo enseñadista y con simpatías muy ocultas hacia los jesuitas. En cuanto al conde de Aranda, este año de 1773 es fundamental para él, pues cesa en su importante cargo de presidente del Consejo de Castilla, e inaugura su larga andadura (catorce años) de embajador en Versalles. Moñino se apoya en el trío italiano Marefoschi-Buontempi-Zelada. En la retaguardia, continúa el trío español Roda-Campomanes-Eleta, pero con una agresividad menor en los dos últimos como veremos cuando tratemos en particular con estos personajes. En cambio, Roda sigue empeñado en trabajar con toda su alma en conseguir la desaparición de los jesuitas, pero “echándola segura la

1 LUENGO, Manuel: *Diario de 1769. La llegada de los jesuitas españoles a Bolonia*, Isidoro PINEDO IPARRAGUIRRE e Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA (Eds.) Publicaciones, Universidad de Alicante, 2010.

2 GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique: *Misión en Roma. Floridablanca y la extinción de los jesuitas*”, Universidad de Murcia, 2008. Sobre Palafox, puede leerse su semblanza biográfica en esta misma obra.

raíz” hasta “acabar con las cenizas y borrar hasta la memoria de la Compañía, extinguiendo así el jesuitismo y sus máximas políticas, para que con ningún nombre o atributo pueda resucitar jamás³.

En cuanto a los embajadores y ministros extranjeros, no registramos cambio alguno a partir de 1769 en el antijesuitismo del napolitano Tanucci. Moñino acaba arreglándose con el cardenal francés Bernis, en un principio más bien tibio en emprenderla con los jesuitas, y procura prescindir en lo posible del embajador napolitano, cardenal Orsini, y, sobre todo, del comendador Almada, embajador portugués, a quien por su apasionamiento y, a juicio de algunos, cortedad de luces, consideraba más bien un estorbo en sus negociaciones con el papa Clemente XIV.

Pasamos ahora a hacer un retrato particular de cada uno de los personajes que, de una manera u otra, intervienen en el proceso de la supresión de la Compañía. Seguimos la estela del jesuita expulsado Manuel Luengo y su diario clandestino de 1773, el año “funestísimo” de la aniquilación de la Compañía de Jesús⁴.

El jesuita Manuel Luengo

Es el autor del *Diario* de los jesuitas expulsos por Carlos III, desde 1767, año del “extrañamiento”, hasta 1814, fecha de la restauración de la Compañía de Jesús en todo el mundo, en virtud del breve *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* del Papa Pío VII. Nos encontramos, pues, ante uno de los diarios más extensos que se conocen. El autor de ellos comienza a redactarlos a sus 31 años y los concluye poco antes de su muerte a los 78. Consta de 64 volúmenes manuscritos que lograron sobrevivir milagrosamente durante casi medio siglo, a pesar de las asechanzas de la policía española. Se conservan en el Archivo Histórico de Loyola.

Manuel Luengo es un representante típico del jesuita de la segunda mitad del XVIII. Es afectuosa y apasionadamente jesuita, miembro –se identifica– de la “santa e inocente” Compañía de Jesús. Su principal oficio en los primeros años del destierro fue el de profesor de Filosofía de los jóvenes estudiantes jesuitas. Hablamos de una Filosofía escolástica, tirando a misoneísta. Pen-

3 Roda a Floridablanca, 1776. Rafael OLAECHEA: “En torno al exjesuita Gregorio Iriarte, hermano del conde de Aranda”, en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma, 33 (1964), págs. 157-234. La cita en pág. 165.

4 LUENGO, Manuel: “*Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey de España, al principio de sola la provincia de Castilla la Vieja. Después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha provincia de Castilla*”. Archivo Histórico de Loyola (AHL)

samos que Luengo era más bien un repetidor que un profesor “consagrado”. Claro que, habida cuenta de las carencias del destierro, con muy pocos libros o ninguno, el nivel de enseñanza no podía llegar a cotas muy altas.

El *Diario*, a juzgar por el alto número de sus páginas, le llevaba horas enteras. En él se reflejan diáfanas sus filias y sus fobias. Hay mucho de maniqueísmo en sus páginas y a la hora de calificar a las personas o las instituciones, Luengo considera muy positivo todo lo que ensalza o defiende la Compañía y “maligno” todo lo que se maquina contra ella. Así alaba al “intrépido” sochantre Alba, autor del impresentable panfleto titulado “La Verdad Desnuda”, que desautorizaba la política eclesiástica de Carlos III, y al “gran” Federico II de Prusia, luterano de nombre, pero empeñado, hasta 1780, en no conocer la validez del breve de extinción y en seguir sirviéndose de los que él consideraba excelentes profesores jesuitas. Y lo que más nos puede llamar la atención, el diarista muestra su afecto al mismísimo monarca español, “bondadoso e ingenuo” que “ama y estima” la Compañía, en contraste con sus abominables consejeros, el “fraile idiota” (el Padre Confesor), el “fiscal atolondrado y sin sabiduría”, (Campomanes), “un ministro maligno, astuto e hipócrita” (Roda, secretario de Gracia y Justicia), en fin “tres hombres de nada, hijos de barberos y cirujanos”. “¡Pobre Carlos! ¡Hasta dónde le han conducido los impíos ministros que lo rodean!”

Y es que Luengo, como la mayoría de los padres jesuitas españoles del siglo XVIII, mide a las gentes de acuerdo con la coloración azul de su sangre. Ahí tenemos al conde de Aranda, al que coloca entre los perseguidores de la Compañía y nos habla de su “furor tiránico”, y al que, al mismo tiempo, echa de menos, después de haber cesado como presidente del Consejo de Castilla y enviado a la embajada de Versalles, donde con su prestigio y, principalmente, con la nobleza de sus blasones, podía abogar en pro de la restauración de la Compañía.

Registramos otro discriminante cuando Luengo trata de calificar a los mismos jesuitas, sus compañeros, a la hora de los comentarios necrológicos. Destaca siempre o casi siempre aspectos amables, heroicos y “edificantes” en aquellos que han perseverado en la Compañía hasta el final y subraya los defectos de los infieles a su vocación, que ya se veían venir desde tiempo atrás.

Por otra parte, le cuesta acatar el aniquilamiento de la Compañía por parte de Clemente XIV, no sólo porque la determinación pontificia le hiere hasta el fondo, sino porque el refrendo de la extinción ha partido de un Papa de origen social tirando a oscuro.

En cuanto a sus fuentes de información, tiene Luengo la ventaja de la situación estratégica de Bolonia, la segunda ciudad de los Estados Pontificios

y camino casi obligado entre la Italia del Norte y Roma. Al diarista castellano le gusta interrogar a los transeúntes y forasteros que atraviesan las tierras y ciudades de lo que ahora llamamos Emilia-Romagna. La correspondencia epistolar queda estrechamente vigilada por los tres comisarios reales. Sin embargo, hasta el momento de la extinción, reproduce y comenta nuevas que le llegan de Roma por medio de la pluma de Juan de Ormaeugui. Javier de Idiáquez, que, según se trasluce en el *Diario*, estimaba a Luengo como religioso y como historiador, en las horas más dramáticas de la Compañía, le facilitaba documentación que, como a provincial de Castilla, llegaban a sus manos.

El estilo del *Diario* es de un apasionamiento notable en su amor a la Compañía, con una apoyatura exagerada de superlativos de los que, curiosamente, San Ignacio había recomendado rehuir en lo posible. En los primeros volúmenes del *Diario* hay una nostalgia infinita de España que se va borrando al ir verificando que las esperanzas de un posible regreso se van volatilizando. Por ello nos sorprende cómo se plantea la posibilidad de un regreso a la patria después de publicado el breve de supresión. Han dejado de ser jesuitas en virtud de él. Por tanto cabía esperar en una repatriación. Luengo se inclina por quedarse en Italia, donde, aun con muchas limitaciones en el ejercicio de la pastoral y una dedicación a la lectura y a la Filosofía, a lo menos puede sentirse seguro. En España y en sus Indias puede tener como destino un convento-cárcel de otros religiosos o una cárcel en toda regla. No le faltaba razón al diarista a la vista del terrible castigo que en El Puerto de Santa María y por muchos años les tocó sufrir a los últimos jesuitas, principalmente misioneros, de la última hornada de los expulsos que, después de un viaje azaroso a la Península, considerados rebeldes a la monarquía, eran llevados sin proceso alguno del barco a una cárcel inmundada, sin esperanza alguna de redención.

Ya hemos hablado de las fobias de Luengo, sobre todo, en contra de los ministros españoles. Habría que añadir algo que venía escociendo a los jesuitas desde el reinado de Fernando VI, la aceleración del proceso de beatificación de don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla de los Ángeles en México. Elevar a los altares a uno de los mayores detractores de la Compañía cohonestaba las medidas que contra los jesuitas habían fulminado tanto Carlos III como su equipo de gobierno. De ahí el empeño de los provinciales y generales de la Compañía de Jesús en evitar a todo trance la declaración de la santidad de sus escritos y su beatificación. Luengo habla repetidas veces del pugilato entre los jesuitas por una parte y en contra de ellos la mayoría de los miembros de otras órdenes religiosas, en especial, los carmelitas descalzos. Y, para colmo, Clemente XIV, recién elegido Papa en 1769, para contentar al gobierno de España, manifestó su deseo de trabajar